

LIBRO CUARTO.

SUMARIO.

Interrumpe Calipso á Telémaco para que se descanse. Repréndele Mentor á solas, porque habia hecho tan exácta narracion de sus aventuras, y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las habia empezado. Telémaco refiere que durante su navegacion desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió á Vénus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva: que despues le pareció haber visto tambien á Mentor que le exhortaba á que huyese de aquella isla: que al despertar, halló que se habia levantado una borrasca, en que sin duda hubiera naufragado el navío, si él mismo no hubiera tomado el timon; porque los Chipriotas se habrian embriagado de modo, que no estaban en estado de dirigirle: que á su arribo á la isla vió con horror los ejemplos mas contagiosos; pero que hallándose tambien en ella el sirio Hazaël, de quien Mentor habia venido á ser esclavo, le devolvió este su sabio director, y los embarcó en su navío para llevarlos á Creta, en cuya travesía viéron el hermoso espectáculo de Amphitrite en su carro tirado de caballos marinos.

ENAGENADA Calipso del placer de oír contar así á Telémaco sus aventuras, se habia estado inmóvil hasta este momento, en que le interrumpió para hacerle tomar algun descanso: ya es hora, le dijo, de que despues

de tantos trabajos vayas á gozar de las dulzuras del sueño: aquí nada tienes que temer: todo te es favorable abandónate, pues, á la alegría; goza de la paz y los demas dones de que te colman los dioses: que mañana, cuando la aurora entreabra con sus rosados dedos las puertas doradas del oriente, y los caballos del sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan las luces del dia para ahuyentar las estrellas del cielo, proseguirémos, mi querido Telémaco, la historia de tus infortunios. Jamas tu padre te fué igual en prudencia ni en valor: ni Aquiles (1), vencedor de Hector; ni Teseo (2) vuelto de los infiernos; ni aun el grande Alcides (3), que purgó la tierra de tantos monstruos, han manifestado tanto heroismo y tanta virtud como tú. Te deseo un profundo sueño que te haga la noche corta. Mas ¡ah! ¡qué larga será para mí! ¡Qué tarde se me hará el volver á verte y oírte, el hacerte repetir lo que ya sé, y preguntarte lo que no sé todavía! Ve, mi querido Telémaco, ve con el sabio Mentor, que los dioses te han devuelto: entra en esa gruta retirada, donde todo está dispuesto para vuestro descanso. Ruego á Morfeo que

(1) Aquiles era hijo de Peleo, rey de Tesalia, y de Tétis, hija de Nereo. Le mató Paris, hermano de Hector, en el templo de Apolo, mientras se casaba con Polixena, hija de Priamo.

(2) Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, bajó á los infiernos para robar á Proserpina; pero fué encadenado por órden de Pluton hasta que vino á librarle Hércules.

(3) Es Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena, muger de Amfitrion. Fué aborrecido de Juno, quien le hizo esponer á varios monstruos que venció sin embargo.

derrame sus mas dulces encantos sobre vuestros cargados ojos : que haga discurrir un vapor divino por vuestros cansados miembros ; y que os envíe sueños ligeros , que girando en torno de vos , halaguen vuestros sentidos con las mas risueñas imágenes , y alejen de vosotros todo lo que pueda despertaros demasiado temprano.

Condujó la diosa por sí misma á Telémaco á una gruta separada de la suya , que no era ménos rústica ni ménos agradable : de un ángulo de ella salia una fuente , cuyo suave murmullo convidaba al sueño : tenían preparados las ninfas dos lechos de blanda yerba , y en ellos habian tendido dos grandes pieles , la una de leon para Telémaco , y de oso la otra para Mentor.

Pero ántes de entregarse al sueño , habló Mentor á Telémaco de este modo : ! Cómo te has dejado arrastrar del placer de contar tus aventuras ! Encantada dejas á la diosa con la pintura que la has hecho de los peligros de que tu valor y tu industria te han sacado ; y lo que has adelantado con eso ha sido inflamar mas y mas su corazon ; y prepararte un cautiverio mas peligroso : porque , ¿ cómo quieres ahora que te deje salir de su isla despues de haberla embelesado con la narracion de tus sucesos ? el amor de una gloria vana ha hecho hablar sin prudencia. Calipso se habia ofrecido á contarte varias historias , y decirte cual ha sido el destino de Ulises ; pero ella ha sabido hallar el medio de hablar mucho tiempo sin decir nada , y el de empeñarte en que la espliques todo cuanto desea saber : tal es el arte de las mugeres lisongeras y apasionadas. ¡ A cuando esperas á tener la prudencia necesaria para no hablar por vanidad , y saber callar lo que te ensalce , cuando no te sea útil decirlo ! Los demas admiran tu

prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla ; pero yo no te puedo disimular nada , porque soy el único que te conoce , y el único que te ama todo lo que es necesario para advertirte de todos tus defectos. ¡ Cuánto te falta todavía para llegar á la prudencia de tu padre !

¿ Pues que , respondió Telémaco , podia yo negarme á contar á Calipso mis desgracias ? No , replicó Mentor , fuerza era contarselas ; pero debiste hacerlos solo en aquella parte que hubiera podido moverla á compasion. Hubierasla dicho que anduviste tan pronto errante como cautivo , ántes en Sicilia , despues en Egipto , y esto bastaba : lo demas solo ha servido de aumentar el incendio que ya abrasaba su corazon. Plegue á los dioses que el tuyo se preserve.

¿ Qué he de hacer pues ? preguntó Telémaco con moderacion y docilidad. Ya no es tiempo , le respondió Mentor , de ocultarla lo que falta de tus aventuras : sabe ya de ellas lo bastante para no poder ser engañada acerca de lo que todavía no sabe , y esta reserva solo serviria de irritarla. Acaba pues mañana de contarla lo que los dioses han obrado en tu favor ; y aprende para otra vez á hablar con mas moderacion de cuanto pueda atraerte alguna alabanza.

Recibió Telémaco amistosamente tan saludable consejo , y se echáron á descansar.

No muy bien habia empezado Febo á esparcir por el mundo sus primeros rayos , cuando oyó Mentor que la diosa andaba por el bosque llamando á las ninfas : al instante despertó á Telémaco , y le dijo : Ya es hora de sacudir el sueño , y de que volvamos á ver á Calipso : pero desconfia de sus halagüenas palabras : no le descubras jamas tu pecho : teme el veneno de sus lisongeras ala-

banzas. Ya viste que ayer te ensalzó sobre tu sabio padre, sobre el invencible Aquiles, sobre el famoso Teseo, y aun sobre el inmortal Hércules. ¿No coraces cuan excesiva es esta alabanza? ¿Pudistes creer lo que te dijo? Pues sabe que ni ella misma lo cree. Si te alaba así es porque te juzga harto débil y vano, capaz de dejarte engañar con elogios desproporcionados á tus acciones.

Dicho esto, se fuéron adonde la diosa los esperaba. Sonrióse al verlos, y ocultó bajo la apariencia del contento el temor y la inquietud que turbaban su corazón; pues prevenía que dirigido Telémaco por Mentor, se le escaparía como Ulises. No dilates, le dijo, mi querido Telémaco, satisfacer mi curiosidad: toda la noche he estado creyendo verte partir de Fenicia, y buscar un nuevo destino en Chipre: cuéntanos, pues, tu viage, y no perdamos un momento. Sentáronse en la yerba entremezclada de violetas, á la sombra de un espeso bosque.

Poco dueña Calipso de sus acciones, la era como imposible contener las tiernas y afectuosas miradas que incesantemente dirigía á Telémaco, á pesar de la indignación con que veía que Mentor observaba hasta el menor movimiento de sus ojos. Entretanto las ninfas, guardando el mayor silencio, inclinaban la cabeza para aplicar el oído, y formaban una especie de semicírculo para oír y ver mejor. Y todos sin pestañear tenían fijos los ojos en el jóven Telémaco, el cual, bajando los suyos, y sonrojándose con mucha gracia, continuó así su historia:

Apénas el dulce soplo de un viento favorable empezó á henchir nuestras velas, cuando desapareció de nuestra vista la tierra de Fenicia. Como me hallaba entre

Chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo, y observar aquellas reglas que dicta la prudencia para grangearme su estimacion. En este estado se apoderó de mí un tan dulce é irresistible sueño, que mis sentidos quedáron sin acción embargados y suspensos; y mi corazón rebozando de alegría en una calma profunda, cuando de repente me pareció ver á la diosa Vénus hendiendo las nubes en su carro volante tirado de palomas. Conservábanse en ella aquella singular hermosura, aquella tierna juventud, aquellas delicadas gracias con que salió de la espuma del océano, aquellas mismas con que deslumbró al propio Jove. Desciende pues, en un rápido vuelo hasta cerca de mí: póneme sonriéndose la mano sobre el hombro, y nombrándome, me dijo: Jóven Griego, tú vas á entrar en mi imperio: muy pronto llegarás á esa isla venturosa en que los placeres, las risas y los regocijos nacen bajo mis pies. En los altares que en ella tengo quemarás olorosos perfumes, é yo en premio te ofrezco un mar de delicias, en que vivas anegado. Abre tu corazón á las mas lisongeras esperanzas y guárdate de oponerte á la mas poderosa entre todas las diosas, que quiere hacerte feliz.

Al mismo tiempo divisé al niño Cupido, que, batiendo sus pequeñas alas, volaba al rededor de su madre. Aunque en su rostro tenia la ternura, las gracias y la alegría de la infancia, se descubria un no sé que en sus penetrantes ojos que me causaba miedo. Refase al mirarme; pero su risa era maligna, burlesca y cruel. Sacó de su aljaba de oro la mas aguda de sus flechas: templó su arco, y se dispuso á atravesarme, cuando he aquí que repentinamente se interpone Minerva para cubrirme con su égida. El rostro de esta diosa no tenia

aquella b elleza afeminada , ni aquella afectuosa languidez que habia notado en el de Vénus y en sus acitudes :  ntes por el contrario era esta una hermosura sencilla , descuidada y modesta : todo en ella era grave , vigoroso , noble , lleno de fuerza y de magestad. N o pudo la flecha penetrar la egida , y cayó en tierra. Y Cupido indignado suspira amargamente , y se avergüenza de verse vencido. L ejos de aquí , exclamó Minerva : léjos de aquí , temerario rapaz : jamas alcanzarás victoria sino de las almas viles , de aquellas que prefieren tus vergonzosos placeres   la sabiduría ,   la virtud y   la gloria.

A estas palabras se huyó de un vuelo el amor irritado ; y Vénus se subió al Olimpo. Largo rato estuve viendo el carro con las palomas en una nube de oro y azul , y luego desapareció. Baj e los ojos ,   ya no encontré   Minerva.

Pareci ome que me hallaba transportado   un jardin delicioso , cual pintan los campos eliseos ; y que en él reconocí   Mentor , que me dijo : Huye de esta tierra cruel , de esta isla corrompida , en que solo se respira deleite. La virtud mas animosa debe temblar en ella ; y solo huyendo , podr a salvarse. Luego que le ví , quise echarme   su cuello para abrazarle ; pero ni pude mover los pies : las rodillas me flaqueaban , y esforzándome para asirle , solo encontraba una sombra vana que se me huía de entre las manos. Haciendo estos esfuerzos desperté y conocí que este sueño misterioso era un aviso celestial. Sent ıme con él lleno de valor para resistir los placeres , de desconfianza de mí mismo para detestar la vida muelle de los Chipriotas.

Pero lo que me atravesó el corazón fué que creí que Mentor habia salido de esta vida , y que pasadas las aguas

de la Estigia (1) , descansaba ya en la venturosa mansion de las almas justas.

Esta idea me hizo derramar un torrente de lágrimas. Pregunt ronme la causa ,   yo les respondí :   nadie mejor convienen las lágrimas que   un infeliz extranjero que anda errante , sin esperanza de volver   su p tria. Entretanto todos los Chipriotas que iban en el navío se abandon aron   una loca alegría. Los remeros , enemigos del trabajo , se durmi eron sobre los remos. El piloto , coronado de flores , y dejado el timon , tenia en la mano una gran copa de vino que habia ya casi apurado ; y él y todos los demas agitados del furor de Baco cantaban en loor de Vénus y Cupido tales versos , que debian horrorizar   cuantos amasen la virtud.

Mi ntas que así se olvidaban de los riesgos de la navegacion , una repentina tempestad oscureció el cielo , y alborot o el mar : desencadenados los vientos bramaban furiosos contra las velas : las negras oleadas batian los costados del navío , que cruja con sus golpes. Tan pronto nos veíamos levantados por las olas hasta el cielo , como parecia que el mar se sumergia ,   iba   precipitarnos en los abismos. Cerca de nosotros divisamos unas rocas , contra las que se estrellaban con horrible estruendo las olas irritadas. En esta ocasion me confirmó la esperiencia lo que tantas veces habia oido   Mentor ; esto es , que los hombres muelles y entregados   los

(1) La Estigia es una fuente   la falda del monte Nop acris en Arcadia , cuyas aguas son ponzo osas y tan frias que hacen morir al punto que se han bebido. Fingen los poetas que es un rio   una laguna del infierno , por el cual juran los dioses del cielo con tanto respeto , que no se atreverian   quebrantar su juramento.

placeres son los mas cobardes en los peligros. Así era que abatidos los Chipriotas, lloraban como mugeres. Yo no oía mas que gritos lamentables y sentimientos de dejar la vida, y vanas promesas á los dioses de hacerles sacrificios, si lograban arribar al puerto. Ninguno tenia la presencia de ánimo que se necesitaba para mandar las maniobras, ni para hacerlas. En esta situación me creí obligado á salvar mi vida y la suya; y para conseguirlo me puse al timon, porque el piloto, turbado con el vino como una Bacante (1), no se hallaba en estado de conocer el riesgo de la nave: animé á los marineros consternados: hícelos amainar velas, y remaron briosamente: pasamos al traves de los escollos, y vimos de cerca todos los horrores de la muerte.

Esta aventura pareció un sueño á todos los que me debian su conservacion. Arribamos por fin á la isla de Chipre (2) en el mes de la primavera que está consagrado á Vénus. Esta es, decian los Chipriotas, la estación que mas conviene á la diosa; pues ella parece que es la que reanima toda la naturaleza, y hace nacer los placeres así como las flores.

Al llegar á la isla sentí un aire suave que al mismo tiempo que laja y enerva los cuerpos, inspira un humor alegre y liviano. Noté que la campiña, naturalmente fértil y agradable, estaba casi inculta: tan ene-

(1) Eran las Bacantes unas mugeres que sacrificaban á Baco, en el monte Citeron, cerca de Tebas, ó en otros montes de Tracia. Llevaban unos bastones cubiertos de yedra, llamados tirsos, y parecían poseidas de un furor divino.

(2) Chipre es una isla del mar mediterráneo, muy fértil y amena, consagrada á Vénus.

migos del trabajo son sus habitantes. Por todas partes veía mugeres y jóvenes delicados, livianamente engalanados, que cantando los loores de Vénus, se le iban á dedicar en su templo. La hermosura, las gracias, la alegría, los placeres, todo á porfía brillaba en sus rostros; pero eran estas unas gracias afectadas, en que se echaba de ménos aquella noble sencillez, aquel amable pudor, que es el mayor atractivo de la hermosura. Su aire muelle, la artificiosa compostura de sus rostros, sus vanos atavíos, su andar lánguido, sus miradas que parecian buscar las de los hombres, sus mutuos zelos por encender grandes pasiones, en una palabra, todo cuanto veía en estas mugeres me parecia vil y despreciable: cuanto mas se esmeraban en agradar tanto mas me disgustaban.

Condujéronme á uno de los muchos templos que allí tiene la diosa: venérasela particularmente en Citeres, en Idalia, y en Pafos, y adonde me llevaron fué al de Citeres (1), que es todo de mármol y forma un perfecto peristilo: el grueso y la altura de las columnas hacen magestuosísimo el edificio: sobre el alquitrahe y el friso hay en cada fachada unos grandes frontones, en que se ven esculpidas de bajo relieve las mas agradables aventuras de la diosa. A la puerta del templo hay continuamente una multitud de pueblos que van á presentar sus ofrendas.

En el recinto de aquel sagrado lugar jamas se degüella ninguna víctima, ni se quema como en otros templos la grosura de las terneras, ni de los toros, ni se derrama su sangre: solo se presentan ante el altar las

(1) Citeres está cerca de Candia. Allíaportó Vénus en una concha marina.

víctimas que se ofrecen , que precisamente han de ser nuevas , blancas , y sin defecto ni mancha : cúbrese las con bandas de púrpura , bordadas de oro : se les doran las astas , y se les adorna con guirnaldas de flores olorosas ; y despues se envían á un lugar apartado , en que son degolladas para los banquetes de los sacerdotes de la diosa.

Tambien se ofrece toda especie de aguas olorosas , y un vino mas dulce que el nectar. Los sacerdotes están revestidos de largas túnicas blancas , bordadas de oro , y cinturones de lo mismo. En los altares arden noche y dia los mas esquisitos aromas del oriente , cuyo humo forma una especie de nube que se eleva hácia el cielo. Todas las columnas del templo están adornadas de festones. Los vasos que sirven al sacrificio son de oro. Un bosque sagrado de mirtos rodea por todos lados el edificio. Allí solo los jóvenes de uno y otro sexo , y de una extraordinaria belleza , pueden presentar las víctimas á los sacerdotes , y atreverse á encender el fuego de los altares. Pero la impudicia y la disolucion deshonorán un templo tan magnífico.

Al principio me horrorizaba cuanto veía ; pero insensiblemente me hizo la costumbre ir perdiendo este horror. Ya no me espantaba el vicio : todas las compañías me inspiraban no sé que inclinacion al desorden. Burlábanse de mi inocencia , y mi encogimiento y mi pudor servian de ludibrio á aquellos pueblos disolutos. Nada omitieron para excitar mis pasiones , ponerme lazos , y despertar en mí el gusto al deleite. Cada dia me sentia mas débil : la buena educacion que habia recibido me sostenia bien poco : todos mis buenos propósitos se desvanecian. Sentíame ya sin fuerza para resistir al mar que por todas partes me estrechaba , y aun me avergonzaba de ser virtuoso : semejante al que nada en la rápida cor-

riente de un profundo rio , que al principio hiende las aguas , y sube contra su torrente ; pero si la orilla es escarpada , y no puede descansar en ella , se cansa al fin poco á poco , sus fuerzas le abandonan , sus miembros fatigados se entorpecen , y el curso del agua le arrebatada.

Así que mis ojos empezaban á oscurecerse , mi corazon desfallecia , é ya no era posible llamar en mi socorro á mi propia razon , ni á la memoria de las virtudes de mi padre , y lo que mas acababa de desanimarme , era el sueño en que creía haber visto que el sabio Mentor habia descendido á los Campos eliseos. Una oculta y suave languidez se apoderaba de mí. Ya amaba la engañosa ponzoña , que discurriendo de vena en vena , penetraba hasta la médula de mis huesos. Mas no por eso dejaba de dar profundos suspiros , derramaba amargas lágrimas , y furioso rugia como un leon. . . . ; ó desgraciada juventud ! decia : ¡ó dioses ! ¡qué cruelmente os burlais de los hombres ! ¡porqué les haceis pasar por esta edad , edad de locura , de ardiente fiebre y de frenesí ? ¡ Ah ! ¡quién estuviera ya cubierto de canas , encorvado , y cerca del sepulcro , como mi abuelo Laertes ! La muerte me seria mas dulce que la vergonzosa languidez en que me veo.

Apénas hube dicho esto , cuando se templó mi dolor ; y mi corazon , embriagado de una loca pasion , sacudia casi enteramente el pudor ; y me volví á quedar sumergido en un abismo de remordimientos. Durante esta agitacion corria incierto por uno y otro lado del bosque sagrado , semejante á una cierva herida , que corriendo atraviesa montes y selvas por aliviar su dolor ; pero como la flecha que la ha herido el costado va siempre con ella , y á cualquiera parte que vaya , lleva consigo el tiro mortal : así yo corria en vano por olvidarme

de mí mismo : nada aplacaba la llaga de mi corazón.

En este momento percibí bastante lejos de mí en lo sombrío del bosque la figura del sabio Mentor : me pareció su rostro tan pálido, tan triste y tan austero, que no sentí contento alguno en verle. ¿ Sois vos, esclamé, mi caro amigo, mi única esperanza? ¿ sois con efecto vos mismo? ¿ ó es acaso alguna engañosa imágen que viene á engañar mis ojos? ¿ sois vos, Mentor? ¿ ó es vuestra sombra todavía sensible á mis males? ¿ Es verdad que aun no estais entre el número de las almas venturosas que gozan el premio de su virtud, y á quienes colman los dioses de placeres puros, y de eterna paz para disfrutarlos en los Campos eliseos (1)? Hablad, Mentor: ¿ vivis todavía? ¿ soy tan dichoso que merezca poseeros; ó no es esto mas que una sombra de mi amigo? Hablando así, corría desalentado hácia él, que me esperó tranquilamente, y sin dar un paso hácia mí. ¡ O dioses! vos sabeis, cual fué mi alegría cuando le palpáron mis manos. No, no es una vana sombra: asido le tengo y abrazado. ¡ Mentor mio! Así exclamaba yo, regando su rostro con un torrente de lágrimas, y así me quedé asido de su cuello sin poder articular palabra. Mentor me miraba tristemente con ojos de la mas tierna compasion.

En fin rompiendo el silencio, le dije: ¡ ay de mí! ¿ de donde venis? ¡ á qué peligros no me habeis dejado expuesto durante vuestra ausencia! ¿ Y ahora mismo, que fuera de mí sin vos? Pero Mentor, sin responder á lo que le preguntaba: huye, me dijo, con voz terrible;

(1) Los Campos eliseos eran, segun los poetas, la morada de los bienaventurados. Se puede ver su descripción en el libro VI de la Encida.

huye, apresúrate á huir. Aquí la tierra no lleva otro fruto que ponzoña: el aire que en ella se respira está corrompido: los hombres contagiados no se hablan sino para comunicarse un veneno mortífero: la voluptuosidad vil é infame, que es el mas horrible de cuantos males han salido de la caja de Pandora, debilita los corazones, y no sufre aquí virtud alguna. Huye, pues: ¿ que te detiene? Ni aun mires atrás en tu fuga: borra el mas mínimo recuerdo de esta isla exécrable.

Dijo: y al instante sentí como una espesa nube que se dissipaba de encima de mis ojos, y me dejaba ver pura la luz: una alegría dulce y vigorosa renacia en mi corazón: no era esta como aquella otra afeminada y loca, que al principio habia emponzoñado mis sentidos: la una es alegría de embriaguez y turbacion, interrumpida de pasiones furiosas y de crueles remordimientos; y la otra una alegría racional: alegría que tiene parte de bienaventuranza celestial, que siempre es pura, igual é inagotable: que cuanto uno mas se entrega á ella, es tanto mas dulce: una alegría por fin que enagená el alma sin perturbarla. Entónces derramé lágrimas de contento, y conocí que nada hay tan dulce como este llanto. ¡ Dichosos los hombres, decia yo, á quienes se manifiesta la virtud en toda su belleza! ¡ Es posible verla sin amarla! ¡ y se la podrá amar sin ser feliz!

Mentor me dijo: me es preciso dejarte: en este momento tengo que marcharme: no se me permite detenerme mas. ¿ Pues adonde vais? le repliqué. ¿ A qué tierra iréis, por inhabitable que sea, que yo no os siga? No creais iros sin mí, ántes moriré siguiendo vuestros pasos. Decíale yo esto teniéndole abrazado con todas mis fuerzas. En vano, me dijo, esperas detenerme. El cruel Métopis me vendió á unos Etiopes ó Arabes: y

como estos fuesen á hacer su comercio á Damasco en Siria, dispusieron deshacerse de mí, creyendo sacar una gran suma á un tal Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruirse de las costumbres y ciencias de la Grecia. En efecto, me compró Hazael á buen precio; y lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres le ha movido la curiosidad de pasar á la isla de Creta á estudiar las sabias leyes de Minos; pero el temporal nos ha obligado á tocar en esta de Chipre, y mientras se levanta un viento favorable, ha venido á hacer sus ofrendas al templo. Véle allí salir de él: vé tambien como ya el viento nos llama hinchendo nuestras velas: á dios, mi amado Telémaco, que un esclavo que teme á los dioses, debe seguir fielmente á su señor. Los dioses no me permiten ser mio: si lo fuera; ellos saben que solo fuera tuyo. A dios: acuérdate de los trabajos de Ulises, y de las lágrimas de Penelope: acuérdate de los justos dioses. ¡O dioses, protectores de la inocencia, en qué tierra me veo precisado á dejar á Telémaco!

No así, le dije yo, mi querido Mentor; no así dependerá de vos dejarme en ella: antes moriré que veros partir sin mí. ¿Es algun monstruo ese Sirio vuestro dueño? ¿ha mamado de alguna tigre? ¿querrá arrancarnos de entre mis brazos? Eso no: ó me ha de dar la muerte, ó permitir que yo os siga. Vos mismo me exhortais á que huya, y no quereis que huya siguiendo vuestros pasos. Voy á hablar á Hazael: quizá se compadecerá de mi juventud y de mis lágrimas: sí, que pues es tan amante de la sabiduría, que va tan léjos á buscarla, no es posible que tenga un corazon feroz é insensible. Yo me arrojaré á sus pies, abrazaré sus rodillas, y no le dejaré hasta que me permita seguiros. Mi amado Mentor, yo me haré su esclavo con vos: voy á ofre-

cérselo; y si no como tal me recibe, ya está decidida mi suerte; me quitaré la vida.

A este tiempo llamó Hazael á Mentor, é yo me arrojé á sus pies. Quedó sorprendido al ver á un incógnito en tal postura. ¿Qué quereis? me dijo: la vida, le respondí, pues no puedo vivir, si no me permitis que siga á vuestro Mentor. Yo soy el hijo del grande Ulises, el mas sabio entre los reyes de Grecia, que arruinaron la soberbia Troya, famosa en toda el Asia. No os digo esto por jactarme de mi nacimiento, sino por inspiraros alguna compasion de mis desgracias. En vano he recorrido todos los mares buscando á mi padre en compañía de este hombre virtuoso, que ha sido para mí un segundo padre: tambien me lo robó la fortuna para colmo de mis males; y pues le ha hecho vuestro esclavo, permitidme que yo tambien lo sea. Y si es cierto que amais la justicia, y que vais á Creta á aprender las leyes del buen rey Minos, no endurezcáis vuestro corazon á mis suspiros y á mis lágrimas. Ved al hijo de un rey reducido á solicitar la servidumbre como su único recurso: acuérdome que en Sicilia preferí la muerte á la esclavitud; pero mis primeras desgracias no eran mas que unos ligeros ensayos de los ultrages que la fortuna me preparaba; así es que ahora temo no poder conseguir que me recibais entre vuestros siervos. ¡O dioses, ved mis males! Y vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduría admirais, y de que llegará dia en que todos seamos juzgados por él en el reino de Pluton (1).

(1) Minos era hijo de Júpiter y de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia. Era rey de Creta, y como fué muy justo, se ha fingido que le eligió Pluton para que fuese juez en los infiernos.

Oyóme Hazael compasivo ; y mirándome con semblante afable y benéfico , me alargó la mano , me levantó del suelo , y me dijo : no ignoro la sabiduría y la virtud de Ulises ; porque ademas de que Mentor me ha contado muchas veces la gloria que se ha adquirido entre los Griegos , no hay pueblo en todo el oriente donde la voladora fama no haya hecho resonar su nombre. Así que seguidme , hijo de Ulises : en mí tendréis otro padre hasta que halleis al que os ha dado el Ser ; y sabed que aun cuando á ello no me moviese su fama , sus desgracias y las vuestras , la amistad que profeso á Mentor , sobra para empeñarme en protegeros : porque aunque es cierto que le compré como esclavo , le conservo como á fiel amigo. El dinero que me costó me ha proporcionado el mas apreciable y digno amigo que subsiste sobre la tierra : en él he hallado la sabiduría , y á él debo todo el amor que profeso á la virtud. Ya es libre desde este momento , y vos con él ; y solo exijo el amor de ámbos.

En un instante pasé del mas amargo dolor á la mayor alegría de que son capaces los mortales : víame fuera de un inminente peligro ; me acercaba á mi patria , hallaba un auxilio para volver á ella , y tenia el consuelo de estar al lado de un hombre que ya me amaba por el amor que profesaba á la virtud en sí misma ; en una palabra , todo lo hallaba hallando á Mentor para no dejarle mas.

Dirígesse Hazael á la orilla del mar , y nosotros le seguimos. Entramos en la nave : hienden los remos las sosegadas ondas : un blando céfiro juguetea con las velas , y anima todo el navío , dándole un suave movimiento ; y la isla de Chipre desaparece bien pronto. Hazael , que deseaba con impaciencia saber mi modo de

pensar , me preguntó que me parecia de las costumbres de aquella isla. Yo le confesé ingenuamente los peligros á que mi juventud habia estado espuesta , y el combate que en mi interior habia sostenido. Quedó prendado de mi horror al vicio , y exclamó : ¡ ó Vénus ! reconozco tu poder y él de tu hijo : en tus altares he quemado incienso : permíteme sin embargo que deteste la infame molicie de los habitantes de tu isla , y la brutal impudicia con que celebran tus fiestas.

Despues se puso á hablar con Mentor acerca de la primera causa que creó los cielos y la tierra : de la luz infinita é inmutable que á todos se comunica sin dividirse : de aquella verdad soberana y universal que ilumina los espíritus , así como el sol los cuerpos. El que jamas ha visto , decia , esta luz pura , es tan ciego como él que lo es de nacimiento : pasa su vida en una profunda noche como los pueblos á quienes no alumbra el sol en muchos meses del año : cree ser sabio , y es insensato : todo cree verlo , y no ve nada ; y muere por fin siu haber visto jamas cosa alguna , ó cuando mas , ha llegado á entrever oscuridades , falsas luces , vanas sombras y fantasmas , que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dejan arrastrar del placer de los sentidos , y del embeleso de la imaginacion. No hay mas hombres verdaderamente tales sobre la tierra que los que consultan , aman y siguen á esta razon eterna : ella es la que nos inspira los buenos pensamientos , y la que nos retrae de los malos : de ella recibimos igualmente la razon que la vida : ella es como un gran océano de luz , y nuestros entendimientos como pequeños arroyos que de él salen , y á él vuelven á confundirse.

Aunque yo no me hallaba todavía en estado de comprender perfectamente la profunda sabiduría que en

estos discursos se encerraba, no por eso dejaba de percibir en ellos un no sé que de puro y sublime que inflamaba mi corazón: la verdad misma parecía que brillaba en todas sus palabras. Prosiguiéron hablando del origen de los dioses; tratáron de los héroes, de los poetas, de la edad de oro, del diluvio, de las primeras historias del género humano, del río del olvido (1) en que se sumergen las almas de los muertos, de las penas eternas preparadas á los impíos en el negro abismo del Tártaro (2), y de la venturosa paz que gozan los justos en los Campos eliseos sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Mentor, percibimos los delfines cubiertos de una escama, que parecía de oro y azul, los cuales con sus retozos levantaban espumosas ondas. En su seguimiento venian los tritones tocando sus tortuosas caracolas al rededor del carro de Amfitrite (3), tirado de caballos marinos mas blancos que la nieve, los cuales, hendiendo las saladas ondas, dejaban tras de sí un lar ó surco en el mar: sus ojos estaban encendidos, y por la boca arrojaban humo. Era el carro una concha de maravillosa figura; su blancura mas resplandeciente que la del márfil; las ruedas eran de oro, y tal su ligereza, que parecía que volaba por la superficie

(1) Los poetas han llamado *Lethe* á este río, de una voz griega que significa *olvido*, como que fingen que sus aguas quitan la memoria de lo pasado.

(2) Es el Tártaro un lugar en los infiernos en que son atormentados los malos. Su nombre le viene de una voz griega cuyo sentido es *perturbar*, ó de otra que significa *temblar de frio*.

(3) Amfitrite, hija del Océano y de Dóris, muger de Neptuno, es la diosa del mar.

de las sosegadas aguas. Una multitud de ninfas coronadas de flores iban en tropel nadando detras del carro: sus hermosos cabellos, tendidos por la espalda, ondeaban al arbitrio del viento. La diosa llevaba en una mano el cetro de oro con que manda las olas, y con la otra sostenia sobre sus rodillas, y asido al pecho, á su pequeño hijo el dios Palemon: con la serenidad de su semblante, y la afable magestad que en él resplandecian, ahuyentaba los sediciosos vientos y las negras tempestades. Los tritones dirigian los caballos, llevando en la mano las doradas riendas. Por cima del carro desplegaba el viento un gran velo de púrpura, que una multitud de cefirillos se esforzaban á mantener con sus soplos en continuo movimiento. En medio de los aires se veía á Eolo (1) presuroso, inquieto, y lleno de furor: su rostro arrugado y melancólico, su voz amenazadora, las cejas espesas y largas, los ojos llenos de un fuego opaco y macilento, tenian en calma á los fieros aquilones, y alejaban las nubes. Las enormes ballenas, y los demás monstruos marinos, causando con sus narices un vistoso flujo y reflujo, se apresuraban á dejar sus profundas grutas por ver á la diosa.

(1) Eolo era hijo de Júpiter y de Acesta, hija de Hipotas, trojano. Los poetas le han hecho dios de los vientos, porque sabia pronosticar los vientos segun las estaciones.

FIN DEL LIBRO CUARTO.